

7

25

KEAN  
SEGUN LA CELEBRE OBRA  
DE  
ALEJANDRO DUMAS  
por  
IVAN MOSJOUKINE



VOLKOV, Aleksandr



## La Película Selecta

Director: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS

Oficinas: Pelayo, 62 - Teléfono 4128 A.

Año I | Barcelona, 21 Febrero de 1925 | N.º 7

## KEAN (1824) o Desorden y genio

adaptación de la película del mismo título, según la novela de Alejandro Dumas (padre) en colaboración con Théaulon et de-Courcy

CURÓ DE KENELM FOSS  
Grandes exclusivas de MODESTO PASCÓ

Rambla de Cataluña, 122 - Barcelona

PR.: ALBATROS

PRINCIPALES INTERPRETES

Ivan Mosjoukine

Nathalie Lissenko

Nicolás Koline, MARY ODETTE  
ALBERT BAASS, PAULINE PO

FOTO DE MANDVILLER i BURGASSOV  
I

En el primer tercio del siglo XIX, el insigne comediante Edimundo Kean había alcanzado, como actor, la consideración de genio.

Así lo reconocían público y crítica, viendo

en él no ya el mejor y más afortunado de los hijos de Talía—la alegre diosa de la comedia y los festines—en su época, del Reino Unido, sino uno de los más grandes artistas de todos los tiempos.

Sus actuaciones en el Teatro Real de «Drury-Lane», donde trabajaba, se contaban por triunfos. Siempre que su nombre aparecía en los carteles, desde las butacas hasta los últimos asientos de la galería, no había lugar que quedara vacío. Las gentes acudían entusiasmadas para admirar una vez más al admirable intérprete de las portentosas creaciones de Shakespeare.

Aquella noche estaba anunciada la representación de «Romeo y Julieta», en la que Edmund Kean estaba insuperable.

El apnudador Salomón andaba inquieto, como siempre que debía trabajar el gran actor, por el que sentía una gran adhesión y un afecto rayano en la idolatría. Con él compartía penas y alegrías, haciendo suyos los triunfos de Kean.

Temeroso y aturdido, el buen hom' re atisaba la sala con recelo mirando por los agujeros del telón. De vez en cuando volvía la cabeza, y con voz grave decía el nombre del personaje que acababa de entrar.

—¡Su Alteza el Príncipe de Gales!—anunció con cierta emoción.

En efecto, el Príncipe había hecho su aparición en un palco. Era un hombre joven y marchoso, de agradable aspecto y atractivo

simpatía y de ademanes amplios y exquisitos, cual correspondía a su realeza...

Los espectadores iban llenando la sala y unos minutos antes de levantarse el telón estaba completamente abarrotado el teatro, ofreciendo el aspecto deslumbrante de las fiestas solemnes.

En un palco, próximo al escenario, hicieron acto de presencia el conde de Koefeld, embajador de Dinamarca, y su bellísima esposa la condesa Elena, una encantadora veneciana, de ojos negros, profundos y abismáticos, que se abrían bajo el arco perfecto de sus cejas.

El conde señaló a su mujer una jovencita rubia, de mirar ingenuo y candoroso, que estaba sentada en las primeras filas de butacas y a la que acompañaba un caballero de aspecto bonachón y respetable.

—¿No conoces a miss Ana Damby, la rica heredera que, por lo immense de su fortuna, es hoy tema de todas las conversaciones? Mírala allí; el que la acompaña es su tutor.

Miss Ana Damby sabía escrutada por las miradas del público aristocrático que llenaba la amplia sala, simplemente curiosos los unos, falsamente apasionados otros para llamar la atención de la opulenta heredera, cuya fortuna era cebo dorado que muchos ansiaban conquistar.

En aquel momento, el tutor de miss Ana decía a su pupila.

—Veo que no prestáis atención a Lord Me-will. ¿Cómo es eso?

La joven extendió su mirada por el patio de butacas y respondió con frialdad al saludo que le dirigía el patilludo Lord que pretendía apoderarse de su dote valiéndose del expediente al alcance de todos de pedir su mano.

A todo esto alzóse el telón y la atención general fijóse en la escena, donde el genial actor iba a dejar oír los acentos de su voz, rica en emotividades y expresiva de las más intensas emociones con un verismo que arrebataba al público.

Salomón corrió a avisar a Edmundo.

—¡A escena, Kean!

La presencia del artista fué acogida con una ovación unánime, y dos mujeres palpitaron al mismo tiempo a la vista del genial actor: Miss Damby y la condesa Elena. En ésta era un sentimiento de curiosa atracción, exaltada por el encanto de lo prohibido. Miss Ana sentía por Edmundo Kean un entusiasmo que se parecía mucho a la devoción amorosa.

El diálogo había comenzado.

«Buena mañana te deseo, primo.»

«¿Tan poco hace que despertó el día?»

Y cuando Romeo lanza la pregunta commovedora: «¿Por qué Amor, aunque niño y ciego, alcanza siempre el fin que se propone?», la rubia Ana estremecióse toda como presintiendo la respuesta que ella sabría dar a la interrogación.

La representación avanzaba, y los espectadores, dominados por el arte de Kean, iban perdiendo el sentido de la realidad.

Varias veces los ojos del actor habían encontrado los de la condesa Elena, y como si fuera la Julieta en que Shakespeare supo encarnar la pasión, dirigía a ella sus palabras vehementes, encendidas por el fuego de un deseo loco.

Porque Edmundo Kean se sentía atraído de mucho tiempo atrás por la fascinadora belleza de la hermosa veneciana, a la que amaba con un amor sin esperanzas...

Y fué al final, cuando Romeo y Julieta murieren, porque los hados inexorables de una rivalidad tan antigua como los nombres de sus respectivas familias les impiden vivir amándose, que estalló la ovación clamorosa del público.

Al descender el telón, la condesa todavía bajo la impresión del trágico desenlace de la obra, exclamó dirigiéndose al Príncipe de Gales, que la había acompañado en el palco en la última parte de la representación:

—¡Me encanta el arte de Kean! En Romeo está maravilloso.

El Príncipe asintió sonriente:

—En efecto, esta noche se ha excedido a sí mismo.

Por su parte, Salomón, entusiasmado por el enorme éxito obtenido, abrazaba a Edmundo.

—Esta noche, señor—dijo emocionado—, habéis estado mejor que nunca.

Mientras el actor se quitaba los afeites, entró en el cuarto de Kean el Príncipe de Gales.

—Te felicito, Kean. Has estado insuperable.

—Gracias, Alteza.

—Y has conquistado definitivamente el corazón de la mujer más seductora del Reino Unido.

Kean miró al Príncipe con ojos interrogadores.

—La condesa Koefeld—concluyó éste—, de la que al parecer estás enamorado... como lo estoy yo.

Y sin dejar lugar a las protestas de Kean, confuso y turbado por las palabras del Príncipe, añadió con ademán de despedida:

—Mi enhorabuena, querido.

Edmundo quedóse abismado en sus pensamientos.

La imagen de la bella veneciana había echado dolorosas raíces en el alma del artista, dolorosas porque los separaba el abismo de su distinta condición social. ¡El un cómico y ella una aristócrata! ¿Cómo salvar la enorme distancia entre ambos?

Los días sucesivos viviólos Kean en un intenso martirio. De su mente le era imposible apartar el recuerdo de aquella mujer, bella como el sol de su patria, a la que había visto palpitá al conjuro de sus frases, emocionada a los gritos del amor de Romeo por Julieta.

La luz de cada día alumbraba en las avenidas de «Hyde-Park» una escena, siempre la misma, porque todas las mañanas la condesa y el Príncipe salían a dar juntos un paseo, mientras Kean, cada día más enamorado de

su imposible sueño de amor, tenía que contenerse con la compañía de Salomón, su servidor y amigo.

Kean gustaba de hacer un rato de ejercicio al levantarse y, según su costumbre, aquella mañana estaba jugando a la esgrima, sirviéndole de contrario el buen Salomón, que recibía sin protesta los golpes que le asestaba con el florete, cuando unos aldabonazos, secos e imperativos, interrumpieron su ocupación.

Salomón se asomó a una ventana, pero al momento retiró la cabeza con manifiestas señales de inquietud.

—¿Qué pasa? —preguntóle Kean.

—Son vuestros acreedores. Estamos cogidos como ratones en una trampa.

Edmundo Kean sobresaltóse con la noticia. ¿Qué hacer? Pero al fijarse en una hermosa piel de tigre que estaba tendida en el suelo, sonrió ligeramente.

Mandó a Salomón que se la pusiera, indicándole brevemente:

—Yo saldré a abrir a esos granujas y me ocultaré prudentemente. Entonces haces tu aparición e inmitando lo mejor que sepas el rugido del tigre, das tres o cuatro saltos en su presencia. ¡Ya verás el susto que les vamos a dar!

Una vez Salomón se hubo cubierto con el original disfraz, Kean se dirigió hacia la puerta, conteniendo a duras penas la risa que le retozaba por el cuerpo.

—¡Estás admirable, chico! ¡Pareces realmente un animal!

Salomón protestó del calificativo con un sordo gruñido.

Edmundo Kean franqueó la puerta a sus acreedores, que en actitud decidida se encamaron al estudio del actor situado en las habitaciones altas de la casa.

Salomón, disfrazado de tigre, les salió al encuentro, y levantando la cabeza y los brazos, como en actitud de reto, semejaba una terrible fiera dispuesta a lanzarse contra los intrusos. El pánico de los acreedores de Kean fué enorme. Temblorosos a la vista del feroz animal, lanzaban agudos gritos de pavor y con toda la ligereza de sus piernas abandonaron la casa del actor, no cesando de correr hasta verse fuera del peligro.

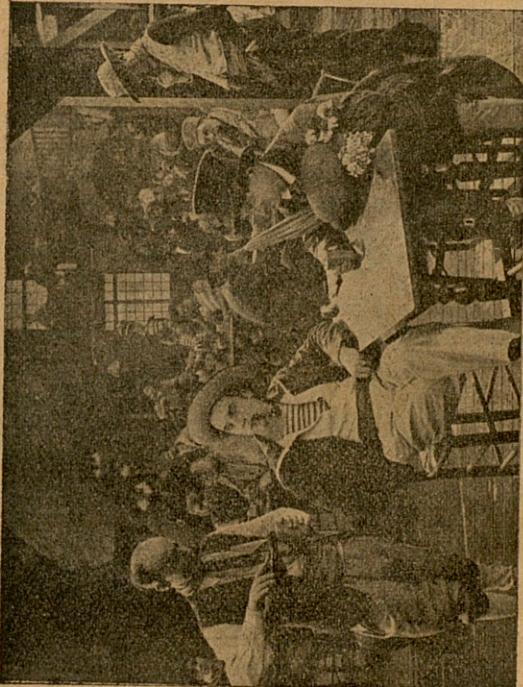
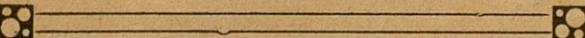
Kean y Salomón comentaban el suceso en medio de estremecedoras carcajadas. Pero el apuntador púsose de pronto serio, exclamando:

—Bien; hemos conseguido ahuyentártos. Pero ¿cómo salimos de aquí?

—¡No te apures, hombres! Ven acá—respondió Edmundo.

Y se puso a registrar las ropas que llenaban un arcón.

Los acreedores, que en una esquina cambiaban impresiones sobre lo que acababa de sucederles, mirando todavía con recelo y temor la casa de Kean, vieron de pronto abrirse la puerta y salir a un marinero que daba el brazo a una señora. La pareja pasó a su lado mis-



—¡Tráenos ron! —ordenó Kean a un mozo.



mo, sin que ellos adivinaran la personalidad de los que habían ido a buscar, pero de pronto a la señora del marino se le cayeron las sastas, y, tarde ya, descubrieron el engaño.

Lanzáronse en su persecución, pero los dos amigos parecían llevar alas en los pies, y al ver un coche de alquiler montaron en él, desapareciendo pronto de la vista de sus perseguidores.

Al llegar a «Hyde-Park» despidieron el coche y sentáronse en uno de los bancos de piedra de la amplia avenida.

Kean volvió a la actitud preocupada de aquellos días.

—Os veo pensativo—dijo Salomón—. ¿Qué nuevos sueños acariciáis?

El actor nada respondió. De pronto su mirada se fijó en dos jinetes que avanzaban por la avenida, seguidos a respetuosa distancia por dos lacayos. Reconoció a la condesa, que pasaba al lado del Príncipe de Gales, y poniéndose en pie la saludó.

—¿Quién es ese marinero?—preguntó Elena al Príncipe.

—Me extraña que no lo hayáis reconocido. Es Edmund Kean, a quien elogiasteis tanto hace pocas noches.

La condesa volvió grupas y se dirigió al sitio donde estaba el actor, todavía en pie, y con el sombrero en la mano.

—A qué obedece ese disfraz?—preguntó a Kean.

El actor, iluminado el rostro por una intensa emoción, apenas pudo contestar:

—Al deseo de huir de mí mismo.

La condesa le miró fijamente, y de una manera inesperada y sin transición alguna, espolleó a su caballo.

Edmundo quedó anonadado por el desprecio que suponía la acción de la condesa. Acercósele entonces el Príncipe y con tono irónico, habló brevemente:

—La condesa te encuentra mejor en escena. No es a Kean a quien admira, sino a Romeo.

Kean, abrumado por la decepción y el ultraje que acababa de recibir, permanecía inmóvil y como ausente de sí mismo.

—Os habéis dormido?

La voz de Salomón le volvió a la realidad. Miró con ojos extraviados a su amigo y con palabra dura y gesto imperativo, exclamó de pronto:

—¡Vámonos a la taberna, viejo bufón!

Y casi a rastras llevó a Salomón camino adelante, hasta llegar a «La Cueva del Carbón», lugar frecuentando por marinos y mujeres de dudosa reputación.

—¡Tráenos ron!—ordenó Kean a un mozo.

Necesitaba ahogar su pesadumbre, ahuyentar la amargura de su corazón, sofocar el incendio de su pecho enamorado con el incendio del alcohol. Quería olvidar, sumirse en el país de las sombras donde no existen celos, traiciones, desengaños...

—¡Más, echa más!—exigía el actor, vacian-

do vaso tras vaso, comenzando a sentirse perturbado y preso de todas las exaltaciones.

Cerca del mostrador se hallaba un hombre de mediana edad y aspecto simpático, que inquirió la personalidad de los recién llegados.

—Es el célebre Kean, el mejor actor del mundo.

El buen hombre se acercó entonces a la mesa de Edmundo, y se presentó:

—Soy el alguacil del barrio y tengo un gran honor en saludar al artista más admirable del Reino Unido.

Kean le acogió amablemente y le hizo sentar en su compañía.

Un vaso tras otro, en su insano afán de matar el recuerdo, Edmundo bebía sin cesar. Excitado por el alcohol,unióse a otros parroquianos, organizando una fiesta bárbara, una orgía de marineros ebrios que danzaban sin cesar, hasta que el sueño o el cansancio los rinde por completo.

Era muy avanzada la noche y Kean seguía en la bacanal.

Al fin, roto por los excesos, dejóse caer en un banco. Ardía su cabeza, y en el vértigo de su razón, desquiciada por los excesos, se le antojó que los actores de la viva tragedia de su amor imposible, avanzaban hacia él y que sus caballos le pisoteaban, mientras ellos lanzaban imponentes risotadas, burlándose de aquella pasión que, como el buitre mitológico, le devoraba las entrañas.

Entretanto, en la soledad de su lecho de vir-

gen, otra embriaguez, esta divina, hacía soñar a miss Ana Damby las más exquisitas turbaciones; y era su sueño un homenaje de amor a Kean, ídolo de su vida, al que había levantado un altar en su mismo corazón...

## II

Ya iba alto el sol. En las calles triunfaba la vida. El redoble de unos tambores despertó a Kean de su pesado sueño.

—Son unos cómicos ambulantes—le dijo Salomón.

Ambos salieron a la calle, uniéndose al grupo de curiosos que esperaban presenciar la representación que iban a dar en la plazoleta.

La sorpresa de Kean fué grande al reconocer en los modestos artistas a antiguos compañeros con los que había trabajado en su juventud.

—¡ Calla ! ¡ Eres tú, Pistol ! ¡ Y Ketty, la rubia, y el simpático Tom !

Abrazó a todos con efusión, y al levantar los ojos vió en lo alto de la escalera del cochevagón de los cómicos, a un viejo, que al apercibirle le abrió los brazos con señales de gran alegría.

—¡ Mi buen Bob !—exclamó Kean.  
En su apresuramiento por abrazar al artista,

14.

le falló a Bob un pie y perdiendo el equilibrio cayó al suelo delante de Edmundo, dándose un fuerte golpe en la cabeza. El buen viejo perdió el conocimiento y Kean, inclinado sobre él, consiguió levantarla, apoyándolo en sus rodillas. Con un paño mojado pretendía restañar la sangre que manaba de su frente.

Un coche tirado por dos brioso caballos avanzaba hacia allí a toda prisa, pretendiendo abrirse paso. De un salto, el actor se apoderó de lasbridas, logrando sujetar a los nobles brutos. Por la ventanilla del coche asomó el rostro de una mujer; la condesa Elena.

El actor le hizo presente el hecho que acababa de ocurrir.

Vencida por la piedad, la condesa Elena olvidó su rango social y bajando del coche llegóse al grupo que formaban los cómicos y los curiosos.

Arrodillóse junto al viejo y ayudó a Kean a lavarle la herida. Las manos de la condesa y de Edmundo encontraronse en la piadosa tarea. El actor, deliciosamente turbado por el contacto, olvidó por un momento al pobre herido para extasiarse en la contemplación de la adorada mujer...

Y como no se hallara a mano una venda con que sujetar el paño en la cabeza de Bob, la condesa se despojó de su valioso chal.

Entonces Kean, en un arrebato de compasión y compañerismo, exclamó, dirigiéndose a sus antiguos amigos:

—Dentro de unos días representaré «Hamlet» a beneficio de todos vosotros.

—¿Les conocéis? —le preguntó la condesa.

—Son antiguos compañeros... También yo fui en mis primeros tiempos cómico ambulante.

—Pues habéis llegado a ser un artista incomparable, y hoy sois la gloria y el orgullo de vuestro país.

Kean se inclinó agradeciendo el elogio. Y viendo alejarse a la condesa, tuvo una impresión de infinita angustia. El alma se le iba tras la adorada... ¡ Se sentía más infeliz que nunca! ¡ Porque ahora le había rozado con sus alas la mariposa divina de la ilusión!...

Llegó el día en que Lord Mewill decidió no demorar la petición de mano de miss Ana Damby. Aunque la muchacha conocía los propósitos del lord, al ver que éste se había decidido a realizarlos, quedó consternada, y sin responder palabra a sus pretensiones, se retiró sollozando a sus habitaciones, de las que no tardó en salir para dirigirse con una audacia que sólo puede dictar la ingenuidad, a la casa de Kean, al que ella consideraba como el resumen de todas las noblezas y de las más excel-sas virtudes.

Desde el día en que se conocieron en «La Cueva del Carbón», Kean y el alguacil sostienen cordiales relaciones, yendo éste a visitar con frecuencia al actor.

Aquella mañana estaban los dos platicando acompañados de Salomón, cuando unos golpes dados en la puerta les llamaron la atención.

—Esta llamada no es de acreedores —dijo Salomón, mientras se disponía a abrir.

Ana, que era la visitante, entregó a Salomón una carta para el actor, que entregó seguidamente a Kean:

Decía así: «Señor: no me neguéis el favor de recibirmee. He de habliros de un asunto del que depende todo mi porvenir.»

Al tener Edmundo ante sí a la bella muchacha y enterarse de la persecución de que era objeto por parte de Lord Mewill, prometió ayudarla.

—Sé que no desea más que mi fortuna, señor.

Peró al manifestarle su intención de no regresar a su casa, echó de ver el actor que tenía ante sí una niña ingenua, desconocedora de la vida. De lo que no supo darse cuenta es de que aquella niña lo amaba y cifraba en su cariño todos los anhelos de su vida.

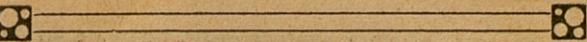
De pronto entró Salomón demudado y preso de gran excitación:

—Lord Mewill ha seguido a miss Ana y amenaza con que hoy mismo en el te de la condesa divulgará la noticia de que atraéis a vuestra casa a las jóvenes para desviarlas del camino del deber.

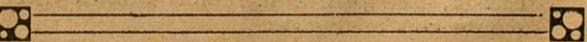
Kean y Ana quedaron mudos de sorpresa e indignación.

—Volved a vuestra casa—aconsejóla el actor—y nada temáis. Emplearé todas mis fuerzas para destruir las calumniosas invenciones de ese malvado.

Después que la muchacha hubo abandonado



El redoble de unos tambores despertó a Kean de su pesado sueño...



su casa, el actor sentóse en la mesa de su despacho y tomando la carta de miss Ana, trazó en el reverso de la misma unas líneas. Seguidamente se vistió para salir.

Cuando llegó a casa de la condesa, lord Mewill, cumpliendo sus amenazas, estaba dando cuenta a los reunidos de la estancia de miss Ana en casa de Kean.

Edmundo avanzó entre los visitantes de la condesa y saludándola con una profunda reverencia, dijo:

—Disculpad, señora, mi libertad al presentarme sin ser invitado. A obrar así me ha inducido el propósito de disipar absurdos rumores.

Y se dispuso a entregar a la condesa la carta de lady Damby. El Embajador hizo además de tomar la misiva.

—Perdonad, conde—insinuó Kean—. Pero el secreto de una mujer, sólo a otra mujer pertenece.

La condesa leyó rápidamente lo escrito por Ana. Kean le significó con un imperceptible movimiento que siguiera leyendo. Elena abrió el pliego.

«Señora—había escrito el actor—: No sabía cómo hacer triunfar mi deseo de veros, y el azar me favorece. Pasado mañana representaré «Hamlet». Concededme algunos minutos antes del espectáculo. Al final del pasillo de la orquesta, una puerta secreta comunica directamente con mi cuarto.»

La condesa, con la mayor naturalidad, fué

a devolver el pliego a Kean, pero su marido se adelantó, y durante unos segundos temieron que el conde lo abriera. Pero éste lo puso en manos de Kean, en cuyos ojos se retrató una viva alegría.

Al retirarse el actor, todos rodearon a la condesa.

—Lo único que me es permitido revelar, es que sería injusto acusar a Kean del rapto de miss Damby.

Aquella misma noche, Edmundo reunía en su casa a algunos actores amigos para leerles fragmentos de Shakespeare, invitándoles luego a beber un ponche.

Salomón, temiendo que su amigo abusara de la bebida, le insinuó:

—No bebáis más... ¡Pensad en vuestro talento!... ¡Acordaos de la mujer de vuestro amor!

Este recuerdo bastó para dominar al artista. Entró en una habitación contigua, y cogiendo de una magnífica porcelana un ramo de rosas, lo entregó a Salomón, encargándole:

—Ve y lleva estas flores a la condesa y dile... que yo se las envío.

Al llegar Salomón a casa de la condesa, salía ésta acompañada del Príncipe. Tomó las flores y cogiendo dos o tres rosas, dejó caer el resto en tierra.

Con verdadero dolor regresaba Salomón a casa, testigo del desprecio con que la condesa recibiera el presente de Kean.

Aún sonaban en sus oídos las palabras con que uno de los criados le había despedido:

—¡Basta ya! Nos estáis molestando. Decid a vuestro amo que no es de buen tono enviar flores de noche a una dama.

¿Diría la verdad al actor? Al verlo ebrio en unión de sus amigos, no dudó en declararle lo sucedido, con el propósito de librarse de un amor que tanto daño le hacía.

Kean, al escuchar el relato, se empeñó en marchar al palacio del Embajador de Dinamarca, y con la terquedad propia del que está bajo los efectos del alcohol, no quiso atender los consejos de Salomón.

Al llegar a casa de la condesa, ésta regresaba de su paseo con el Príncipe, y pudo ver como las ruedas del coche pasaban por encima de las rosas caídas en el suelo.

—¡Mis flores! —exclamó—. ¡Mis pobres flores perfumadas de ensueños, en las que iba toda mi alma!

Y se arrojó sobre el pavimento. Parecía como si lo retuviera allí un misterioso magnetismo, a cuyo efecto todo su cuerpo se convulsionaba con incontenibles temblores.

Al fin levantóse y con las flores avanzó entre las tinieblas de la noche.

### III

Al día siguiente, Kean debía representar «Hamlet» a beneficio de los cómicos ambulantes.

Triste por los acontecimientos de la noche última, había comenzado a proceder a su caracterización.

Unos discretos golpes dados en la puerta secreta, hicieron latir su corazón con desusado compás.

Fué a abrir... ¡Era ella! Entró la condesa y mirando a Kean con ojos apasionados, abrió sus brazos en un amplio gesto de ofrecimiento y renunciación.

Iba a precipitarse en ellos Kean, cuando nuevamente llamaron a la puerta.

—Soy yo, el Príncipe —oyó decir el actor.

Como la condesa no hallara la salida, Kean quiso ganar tiempo.

—Tengo la desgracia de verme acosado por los acreedores. ¡Todo por cien miserables libras esterlinas! Para que me convenza de que, efectivamente, sois el Príncipe, tened la bondad de pasarme vuestro nombre escrito de vuestra propia mano.

Aprovechando los instantes, franqueó la salida a la condesa.

Por la rendija de la puerta vió asomar un papel. Era un billete de cien libras en el que el Príncipe había escrito su nombre.

—¡Es, en efecto, un documento real! —dijo Kean, abriendo la puerta.

Entró el Príncipe acompañado del embajador de Dinamarca.

—¿Me permitiréis, Alteza, que esa cantidad que os habéis dignado darme, la destine a la recaudación de esta noche para los pobres cómicos?

Entretanto el conde de Koefeld examinaba el cuarto del artista, y al apercibir el abanico de su esposa, olvidado allí, se inclinó para recogerlo, guardándoselo disimuladamente.

—No sois del parecer de que dejemos a Kean que acabe de vestirse? —dijo el conde al Príncipe.

—Tengo un vivísimo interés en hablaros, señor —dijo Kean al heredero del trono.

El Príncipe hizo una señal al conde.

—Soy con vos dentro de un momento.

—Alteza —insinuó Kean al quedar solo con el Príncipe—. Yo amo a una mujer...

—¿Y bien?

—Siempre que os veo entrar en su palco, la sangre me afluye a la cabeza...

El Príncipe sonrió imperceptiblemente.

—Me voy —dijo—. Dentro de poco espero aplaudirte.

El despecho puso audacias en Kean, que gritó altanero:

—¡Pero en vuestro palco, Alteza!

Sin responder, el Príncipe abandonó el cuarto del artista.

Kean se mordía los puños con desesperación. ¡Ah, si fuera otro hombre! ¡Pero era el Príncipe y nada podía contra el poder de la realeza!

Al volver al palco, Koefeld entregó el abanico a la condesa.

—Lo he hallado... en el suelo. Es preciso tener más cuidado con objetos tan valiosos.

Nunca como aquella noche el papel atormentado de Hamlet respondió al estado de espíritu de Kean, y el público, vibrando de entusiasmo, seguía, pendiente de los labios del genial artista, el proceso de la duda que envenena el alma del prometido de Ofelia, del Príncipe de Dinamarca, tal como lo concibiera el talento de su creador.

Con los ojos fijos en el palco de la condesa, Kean decía sus parlamentos con una amargura torturadora.

De pronto su mirada se enturbió. El primogénito del rey de Inglaterra acababa de presentarse en el palco de Koefeld.

Los espectadores advirtieron enseguida que algo desusado le ocurría al actor. Repetía las palabras que Salomón le apuntaba con una absoluta inconciencia y como quien recita mecánicamente una lección aprendida.

Iniciáronse algunos rumores de protesta.

El actor declamaba:

«Tú puedes ser tan casta como el cristal, tan pura como la nieve, y no escaparás a la calumnia.»

Pasaron unos momentos y repitió su parlamento.

De pronto avanzó hacia el palco en que estaban el Príncipe y la condesa, y con voz potente exclamó:

—¡ Ah, Príncipe real ! ¡ Bien te vale ser inviolable y sagrado !... A no ser por eso...

Retrocedió unos pasos y sacando la espada, la partió contra sus rodillas, ante el asombro y la indignación del público.

El escándalo y el vocero eran ensordecedores.

Lord Mewill, que odiaba a Kean por creer que le había arrebatado a Ana, gritaba hasta enronquecer :

—¡ Abajo Kean !... ¡ Fuera ...a la calle !... ¡ Arrojadlo de aquí !

El actor permaneció inmóvil en medio de la escena, sujetándose con las manos la cabeza, en la que sentía extraños hervores que le abrasaban intensamente. Con ojos extraviados miraba a los espectadores, y, súbitamente, cayó de rodillas, perdida la razón, mientras el público indignado arrojaba contra él toda clase de objetos.

—¡ Compasión !... ¡ Yo no soy Hamlet !... Yo soy un infortunado.

La locura se apoderó de aquel cerebro privilegiado y cayó en tierra, convulsionado por un horrible ataque.

La condesa, impresionadísima, abandonó el palco. Aquel hombre era una víctima de su amor.



...Sino miss Ana Damby, que, cada día más enamorada en silencio, venía a visitarlo...

El público arreciaba en sus protestas. Descendió el telón. Entonces Salomón apareció cerca de las baterías y con voz emocionada, anunció:

—Señoras y señores: ¡el sol de Inglaterra se ha eclipsado! ¡El sublime Kean ha caído víctima de un ataque de locura!

Y el fiel amigo, sin poder contenerse, dió rienda suelta a su dolor, siendo sus lágrimas el sincero homenaje de su leal amistad por aquel genio cuyas llamas acababan de apagarse...

#### IV

El incidente ocurrido en «Drury-Lane» conmovió a toda la sociedad londinense... Y durante varios días, por la casa del actor desfilaron sus admiradores.

Pasado el ataque de enagenación, Kean restó tan débil y agotado, que ni fuerzas tenía para abandonar el sillón en que estaba empoltronado.

Por su insulto al Príncipe de Gales, había sido arrestado en su propio domicilio.

Sólo un afán y una esperanza lograban poner un destello de vida en los ojos del actor, mortecinos y apagados por su desgracia: que la condesa Elena fuese a visitarle. Y esperan-

dola a cada momento, había obtenido del alguacil, encargado de su vigilancia, que permitiera pasar a la dama en cuanto llegara.

La condesa, por su parte, sensible a la desgracia de Kean, al que ahora creía amar, quiso ir a verle. Pero su marido se opuso terminantemente.

—Ya estamos bastante comprometidos, y no toleraré que volváis al lado de ese hombre.

—Una señora pide permiso para veros— anunció Salomón a Kean, alborozado por la noticia.

—¡ Que pase !

No era la condesa, sino miss Ana Damby que, cada día más enamorada en silencio, venía a visitarlo, llevándole un ramo de flores.

Poco después presentábase el conde Koefeld, teniendo Ana que ocultarse en una habitación próxima, llegando hasta ella las palabras irritadas del Embajador que provocaba a un duelo a Kean, reprochándole su pasión por la condesa Elena.

La pobre niña, rotas sus ilusiones y sus esperanzas, pensó que ya nada le ligaba a la vida.

Cuando Kean, una vez se fué el conde, llamó de nuevo a Ana, no obtuvo respuesta. Dirigióse vacilante a la habitación donde se había ocultado, hallándola vacía. En el suelo estaban las flores y en una silla el chal y el sombrero de la muchacha.

Y en aquellas prendas abandonadas y en aquella ventana abierta sobre el Támesis, que pasaba rozando los muros de la casa, leyó Kean

el horrible epílogo de una tragedia como la suya... Pero este amor sin esperanza había buscado refugio en la muerte. ¡Miss Ana se había suicidado!

Unas semanas más tarde, acosado por los acreedores, pobre y sin recursos, Kean trasladóse a la pobre morada de Salomón, en el fondo de los lejanos arrabales londinenses.

Su vida se iba extinguiendo lentamente, consumida por sus dolores físicos y morales...

—Léemie a Shakespeare...—rogó a Salomón.

Y le mostraba en el libro abierto el diálogo que respondía a su estado de ánimo.

Una noche se detuvo un carruaje frente a la modesta casita, descendiendo de él la condesa, la cual, al ver la postración de Kean, pensó que su sacrificio de amor iba a ser estéril. Sin embargo, aproximóse al lado del enfermo con un último rayo de esperanza.

Tuvo que inclinarse sobre él para que la reconociera.

—Soy yo, la condesa Elena.

—¡Oh! ¡Yo me muero!—exclamó Kean, como un lamento.

Ella quiso reanimarlo y con voz cálida y apasionada le anunció:

—Nunca te abandonaré, Edmundo... Jamás volveré a Dinamarca.

Este nombre hizo volver el recuerdo del Príncipe de Gales, y Kean, retirando suavemente la mano con que la condesa le acariciaba, hizo que Salomón siguiera leyendo.

Pronto le interrumpió para recitar él mismo

las palabras con que Hamlet lamenta su infi-  
tunio:

—¡Yo amaba a Ofelia! ¡Cuarenta mil her-  
manos no podrían, con todos sus amores re-  
unidos, sumar lo inmenso de mi amor!

Dos lágrimas amargas perlaron en sus me-  
jillas, y al leer en los ojos de Elena la corres-  
pondencia a su amor, tantas veces exaltado, el  
desaliento abatió su ánimo, torturándolo in-  
tensamente... ¡Ya era tarde!

La lucha entre la muerte, que pugnaba por  
cerrar sus ojos, y la vida, que no quería sumer-  
girse en la sombra, hacía más intensa la emo-  
ción de aquel momento.

—¡Adiós!—gimió con voz débil, preten-  
diendo alcanzar las manos de la condesa y de  
Salomón.

Un último suspiro agitó su pecho. Kean  
acababa de morir entre sus dos únicos cari-  
ños, el del amigo que no le había abandonado  
nunca y el de la mujer que, en los últimos  
instantes de su vida, acudía al lado de su le-  
cho para ofrecerle su amor.

Fuera rugía el vendaval.

Entre dos nubes, que el viento empujaba en  
fantástica carrera, asomó la luna, iluminando  
la estancia mortuoria con su tranquila, ama-  
rillenta luz...

FIN

## *La Película Selecta*

LA PELÍCULA SELECTA, igual que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una gran fotografía directa, con marco, de uno de los más populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.<sup>o</sup> de cada mes, correspondiendo el regalo al número de la Lotería Nacional sobre que recaiga el premio mayor.

Como se da el caso de que el tiraje de LA PELÍCULA SELECTA excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya del número premiado.

En el número próximo, que aparecerá el sábado, día 28 de febrero, se publicará la adaptación novelesca de la preciosa película

## **Los afortunados**

deliciosamente interpretada por la genial  
**BETTY BALFOUR**

Postal de *Lila Lee*.

## *La Película Selecta*

Se ha puesto a la venta

## **La Tragedia del Folies Bergere**

emocionante novela basada en la película del mismo título, de cuyo argumento se ha servido para una de sus últimas novelas

## **El Caballero Audaz**

con el título de

## **¡Una pasión en París!**

Un lujoso volumen en 112 páginas 1 peseta  
De venta en todos los kioscos y librerías

Si no encuentra Vd. en su localidad este libro, por haberse agotado los ejemplares puestos a la venta, recorte el adjunto cupón y envíelo con una peseta en sellos de correo a la Administración de EL CINE, Pelayo, 62 - Barcelona.

Recibirá el libro inmediatamente

## **CUPÓN**

Sr. Administrador de EL CINE:

Sírvase echarme a vuelta de correo un ejemplar de LA TRAGEDIA DEL FOLIES BERGERE a cuyo efecto adjunto una peseta en sellos de correo.

Nombre y apellidos .....

Calle .....

Población .....

Provincia .....

## OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Adquiera usted inmediatamente la colección de

### OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de **EL CINE**, Pelayo, 62, Barcelona.

Nuestros lectores en Madrid encontrarán todos los números publicados en el kiosco de don Manuel Fernández, situado en el Paseo de Recoletos, frente al número 14.

#### Números publicados:

- 1.<sup>º</sup> *Almas en venta*; 2.<sup>º</sup> *En el Palacio del Rey*;
- 3.<sup>º</sup> *Pedrucho*; 4.<sup>º</sup> *El terremoto*; 5.<sup>º</sup> *Lecciones de amor* (retrato de Gloria Swanson); 6.<sup>º</sup> *Bavu, el bolchevique*, extraordinario (Thomas Meighan); 7.<sup>º</sup> *Manual del Perfecto Casado* (Pola Negri); 8.<sup>º</sup> *Tigre Blanco* (Charles Ray); 9.<sup>º</sup> *Sin ayuda de nadie* (Betty Compson); 10. *El hombre de Río Perdido* (Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (Edmundo Lowe); 13. *El huésped de media noche* (Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (Margarita La Motte); 19. *Amor de madre*, extraordinario (Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico* (Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (Laura La Plante); 25. *La torre de Nesle*, extraordinario (Lon Chaney); 26. *El escándalo del pueblo* (Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (Roy Stewart); 29. *No hay juego sin trampa* (Virginia Valli); 30. *El pobre Valbuena* (Herbert Rawlinson); 31. *Bajo la púrpura cardenalicia* (Frank Mayo); 32. *Una dama de calidad* (Baby Peggy); 33. *Resurrección* (Jane Mercer); 34. *El trapero de París* (Jack Hoxie); 35. *Curro Vargas* (Williams Desmond); 37. *Luchar y vencer*, primera parte (Pearl White); 38. *Luchar y vencer*, segunda parte (Tom Mix); 39. *El policía rural* (Alma Rubens); 40. *El Niño Rey* (Luciano Albertini).

Números ordinarios: 25 céntimos. — Extraordinarios: 50 céntimos.—La colección completa, 10 ptas.

Lea usted  
la revista popular ilustrada

# EL CINE

El semanario ideal para  
las familias

20 céntimos número  
\*\*\*

Suscripción:  
**2'50 pesetas**

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música ORA-  
TUITO con las 16 composiciones más populares  
de la temporada



PUBLICACIONES «EL CINE»  
Pelayo, 62 - Teléf. 4128 A.  
BARCELONA

segunda  
ma Rubens, Imp. GARROFÉ — Villarroel, 12 y 14.  
Números oro-  
rios : 50 céntimo